

CONTÍNUOS Y NUMEROSOS SON
LOS ÉXITOS QUE OBTIENEN:

Los Hijos de Nadie
El Triunfo de la Mujer
El Prisionero de Zenda
El joven Medardus

Libros de la biblioteca
Los Grandes Filmes

En prensa: La obra cumbre de la temporada:

Los enemigos de la mujer
según la novela de Vicente Blasco Ibañez.

Ci Ferragus (Los Trece)
El pago que dan los hijos

En preparación:

Bajo las garras del oro
de la COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

EDICIONES de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Precios populares: UNA PESETA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-FARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 89

25 cts.



**UNA NOVIA
PARA DOS**

por
Viola Dana
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 89

UNA NOVIA PARA DOS

POR VIOLA DANA

De una historia de Bernard Mac Conville
adaptada por el propio autor



Concesionario:

S. HUGUET — Provenza, 292 — Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ANITA STEWART

En la fortaleza de montañas de Carolina del Norte, defendida por ásperos riscos y escarpaduras inescalables, se alzaba la posesión del coronel Carlos Cavanaugh, a la que sólo un angosto desfiladero ponía en comunicación con el mundo.

El Coronel vivía en este retiro nutriendo su

odio perenne a todo lo humano del recuerdo de la desdichada boda de su hija con un aristócrata que se apellidaba Wimbleton, ambos difuntos.

Hecho obsesión en su espíritu el temor a la perniciosa frivolidad del mundo moderno, el Coronel había criado a su nieta en absoluto aislamiento, imponiéndole la indumentaria de los remotos años en que él era mozo.

A la sazón el Coronel frisaba en los setenta años.

Su nieta, la gentil Emilia Wimbleton, milagro de gracia y de belleza entre aquellos hoscos y áridos peñascales, era flor que aromaba de dicha la senectud del Coronel.

Emilita cortejaba los 18 años. Su amplia falda con volantes, ceñidísima a la cintura, y sus sedosos cabellos encajando con sugestivos bucles su rostro ideal, le daban cierto aire de delicado bibelot de *boudoir* de Marquesa.

¡Y era más buena! Su bondad se asomaba a sus ojos atenta siempre a llevar su risa de consuelo a quien estaba preocupado.

Los indígenas que servían al Coronel la querían como a una hija y bendecían al cielo por haberles caído en suerte unos amos como tal abuelo y tal nieta.

Algo brusco era el militar, pero en el fondo le ganaba en dulzura al mazapán.

El curso de la vida parecía deslizarse suavemente en la posesión tranquila del Coronel.

Junto al cielo, lejos de la tierra baja, llenándose los pulmones de aire puro, ¿qué más podía desearse?

Bien estaba todo eso para el viejo Coronel y para sus domésticos que gustaban de la soledad, pero no era posible que un alma apenas formada pudiera resignarse a reconocer que

el mundo terminaba en la cerca de su casita en la cima de una colina.....

* * *

Catalina Wimbleton, hermana del padre de Emilia, había escrito al abuelo la siguiente carta:

«... Usted no puede mantenerla eternamente en esa absurda reclusión. Espero, pues, que le permita venir a visitarme.

Su afectísima,

Catalina WIMBLETON»

El Coronel releía este último párrafo y fruncía el ceño con rencor contra esta Wimbleton que traía a su memoria amargos recuerdos del antaño funesto. ¡Oh, su pobre hija había sido muy desgraciada con un miembro de esa familia y todo lo que se refiriera a esta última le producía disgusto!

No, de ningún modo consentiría que Emilita fuese a ver a su tía.

Casi al mismo tiempo Emilia expansionaba su almita en la protección casi materna de su ama de llaves, de su «mamita» como ella le decía, criada negra con un corazón más blanco que un puñado de nieve sin mácula.

—Sigo en mi creencia, mamita... Debe haber otra gente fuera de aquí, al lado opuesto de estas colinas—le repetía la solitaria.

—Escucha, niñita mía... Hubo otras gentes en un tiempo; pero fueron tan malas que el Señor de arriba las destruyó con un diluvio, salvándose sólo unos cuantos animales... y su familia.

Pero fué en vano que la amita trató de vencer a Emilia de que nada había fuera de su propia hacienda, pues ella, dominada por un presentimiento de los secretos del inmenso horizonte, le respondió:

—Vaya, mamita; tú me sigues tomando por

una niña de dos años, y quieres hacerme creer esos cuentos de hadas.

Y se fué corriendo a consultar al abuelito, quien escondió, al verla, la aludida carta de la tía de la niña.

—Díme, abuelito: ¿no podré yo ir nunca al mundo que hay detrás de estas montañas?

—¡No, hija mía, yo no quiero que vayas!

—¡En cambio, dejaste ir a mi madre!

—No hay ningún mundo fuera del que tú conoces.... ¡Sólo hay maldad, mentira, decepción!

De nuevo el recuerdo del infortunio de su hija vino a enrojecer de pena los ojos del Coronel... Emilia advirtió la tristeza que sus palabras habían producido a su abuelo, y con afán de perdón le depositó un beso en la frente.

..

La finca de los Wimbleton, en la que nació Emilita, estaba situada al otro lado de las colinas, y había pasado a ser propiedad de la tía Catalina, quien, en extremo indulgente, y asimismo devota de la diversión, con un hijo único, toleraba las hazañas de un puñado de pollos libertinos y otro puñado de lindas señoritas, todos ellos pertenecientes a la «buena» sociedad.

Carolina Biddle, conocida familiarmente por la Gatita Dorada, era felina en todo: en su rosada garra ¡se mezclaba el arañazo a la caricia; en su voz suave, como un tierno maullido.

David Gordon, rico como un Creso, y en torno al cual aleteaban todas las pollitas que soñaban con cambiar de estado, había sido tentado por las gracias de Carolina, y ésta, satisfecha de su triunfo, se proponía adueñárselo por entero.

Las demás pollitas, al ver el triunfo de la Gatita Dorada, suspiraron de envidia:

—Otro cogido en las garras de la Gatita Dorada. ¡Es David Gordon tan buena presa!

La tía de Emilia aprovechó un instante de soledad de David para llamarle:

—Tengo una pregunta que hacerle. Lo he elegido a usted, entre todos, porque conozco un poco su temperamento aventurero.



... y con afán de perdón le depositó un beso en la frente.

—¡Vaya un preámbulo, señora!

—Dígame, David, ¿le gustaría a usted hacer el papel de Sir Galahad y rescatar a una gentil damisela secuestrada?

—¿Quién es ella?

—Présteme un poco de atención y le leeré esta carta. Dice:

Distinguida Sra.: Me es imposible tomar en consideración su deseo de que Emilia vaya a visitarla... como tampoco puedo olvidar que usted es su tía por un casamiento infortunado.

Mi nieta desconoce el mundo de usted, y es mi firme propósito que no lo conozca nunca.

Respetuosamente suyo,

Coronel Carlos CAVANAUGH

¿Oyó usted en su vida algo más ridículo que esto, David? — le preguntó a continuación la tía Catalina.

—Desde luego que no. Eso no debe estar escrito en serio. Mas por si acaso, y ya que usted lo desea, haré por complacerla el papel de Sir Galahad. Le confieso que me encanta esta aventura...



Fiel a su nueva misión de amparador de doncellas desválidas, David Gordon había llegado a internarse en la hacienda del Coronel Cavanaugh.

Ignorante de que extrañas plantas hubiesen hollado el recinto protegido por un cinturón de montañas, estaba Emilia en su hora de baño en las límpidas aguas de un riachuelo.

De repente la carrera y el bronco ladrar de los mastines de los guardianes de la finca del abuelo, indicaron a Emilia que ocurría algo anormal.

Vistióse prestamente y acudió hacia el sitio de donde partían los ladridos.

David vió a Emilia sólo un momento; pero sus miradas chocaron con tal elocuencia que difícil le sería a Emilia explicar la emoción, la sensación de pequeñez que había sentido delante de tan apuesto galán.

Sólo se contemplaron mutuamente un momento porque los perros, conducidos por los guardianes, estaban a la vista. Indudablemente habían olfateado la existencia del intruso.

Y aunque David era la personificación de la galantería, ante la amenaza de los colmillos

olvidó un instante los encantos de la flor de las breñas para encaramarse en un árbol.

Un criado le reprendió con estas palabras: —Entérese, amo... ¡Si otra vez pierde usted el tiempo en fisgonear por estas cercanías, estos perros van a dejarle recuerdos de sus dientes! ¡Ala, baje usted y lárguese de aquí!

David obedeció, y opinó que lo mejor para sus carnes era regresar a la ciudad. ¡Cualquiera se transformaba en quijote circunstancial para quedar sin pellejo!...

La rápida visión de un hombre distinto de los que ella había visto desde su más tierna infancia, avivó en el corazón de Emilia el deseo de vivir... de conocerlo todo... de amar.

Al subirse al árbol David para ponerse fuera del alcance de las armas de los canes, varios objetos se vaciaron de uno de los bolsillos de su pantalón, entre ellos la carta que el Coronel escribiera a la tía de Emilia.

Emilia se apoderó de tales objetos, y como no podía devolvérselos a David, que ya estaba lejos, se permitió curiosarlos.

¡Oh! ¿Era la providencia quien le mandaba un emisario para avisarla de que el mundo que el abuelo quería vedarle contenía todo aquello que a ella le atraía misteriosamente?

Lo que le atraía, bien claro aparecía, no era más que un rostro desconocido y atractivo en que viese dibujarse una sonrisa de admiración... de cariño... de pasión. ¡Sueña tanto la mujer desde que es niña!...

¡Oh sí, otro mundo le llamaba con irresistible imperio!

Arraigó de tal manera en el pecho de Emilia la ilusión de penetrar en la realidad de la quimera de sus anhelos, que sin tardar contó sus cuitas a la negrita toda corazón.

—¡Oh, mamita! He visto a un hombre distin-

to de los que viven con el abuelo. Era tan hermoso... tan encantador... tan joven... tan... —le decía suspirosa.

—¡Ay, nenita! ¡Eso es que ya te ha picado el mosquito del amor!—le respondió la negrita con ternura.

—Quiero ver el mundo de fuera, mamita...—prosiguió Emilia...—. Necesito verlo... ¡y tú y todos debéis ayudarme!

—No digas éstas cosas, nenita...

—Sácame de aquí, mamita... llévame al lado de mi tía... Ya no puedo resistir más esta existencia... Me muero de melancolía... Llévame a ese mundo que, sin saber por qué, tanto me fascina. Tú no me abandonarás en este instante supremo en que se decide mi vida, ¿no es verdad?

—No te aflijas de ese modo, nenita... Estas cosas se piensan mucho. ¡Quién te creyera tan desesperada siendo tú el ídolo de los que te rodean! Mira, vamos a casa; allí seguiremos hablando y tal vez reconozcas que es peligroso arriesgar el reinado que aquí posees, a cambio de posibles sinsabores apartada de este tranquilo ambiente. ¿No te has imaginado la pena que tu partida causaría al abuelo?

—Por piedad, mamita, no me impidas desobedecerle... ¡Dame fuerzas!

La reflexión de la mujer puso tantos obstáculos como pudo a la exaltada idea de la niña ingenua; pero, al fin, réplicas de mujer brotaron de los labios de Emilia, y la convicción de que sería por demás seguir acotando la fantasía del pájaro sediento de libertad, le dictó abandonar al abuelo.

A la hora de la partida, en la noche silenciosa, Emilia vacilaba entre quedarse y huir; mas el deseo era tal que impuso su voluntad al dolor del corazón.

Camino de la ciudad, Emilia vertió muchas lágrimas de pena... mientras seguía andando cual si brazos invisibles la empujasen...

—No llores, mi dulce prenda—la consolaba la negrita—. No tardará mucho en tranquilizarse el Coronel... y entonces irá allá a ver a su Emilita.

La finca de la tía Catalina estaba muy ani



—Por piedad, mamita, no me impidas desobedecerle. ¡Dame fuerzas!

loda. Gente joven de ambos sexos, con ansias locas de bullicio, hallábase en ella cuando llegaron Emilia y su mamita.

La tía Catalina recibió a su sobrina sin el entusiasmo que Emilia hubiera deseado, pero ésta no dió importancia a ello porque comprendió perfectamente que, no conociéndose, ninguna de las dos se podía profesar un gran cariño.

La extraña indumentaria de Emilia despertó, en las mujeres principalmente, una burlona

curiosidad, contenida sólo por el respeto a la tía Catalina.

—Ya leí la carta que el abuelo escribió a usted—dijo Emilia a su tía.

—Bonita carta, ¿no es verdad?

—Por favor, tía, no se ofenda por las cosas del abuelito... Es que el pobre me ama tanto... En esto apareció el hijo de la tía.

Esta le presentó a Emilia.

—Rogelio, esta es Emilia Wimbleton, tu prima.

—Encantado, prima. ¡Has sacado de quicio a todos los pollos, muchacha! Ven y te presentaré a ellos.

Introducida por Rogelio en el salón desde donde la contemplaban las «pollitas» y los «pollitos», los jóvenes asombráronse ante la angelical belleza de Emilia... y las niñas «bien» redoblaron sus discretas burlas.

—¡Dios mío, si viste como en los tiempos de Eval—exclamó la Gatita Dorada.

Asediada por todos los jóvenes, Emilia tuvo que hacer grandes esfuerzos para despegar su lengua.

Paulatinamente recobró su serenidad habitual, se familiarizó con los rostros más agradables de sus galanteadores, y, al fin, pronunció estas palabras:

—Yo... yo estoy encantada de verles... a todos. Me abruman ustedes con sus atenciones... ¿Puedo... puedo yo beber un poco?

Apenas formulada la petición de Emilia, varios jóvenes se dispusieron, rivalizando en precipitación, a complacerla.

Emilia iba a aceptar una copita que una mano varonil le tendía, cuando el joven que tal hacía se sintió detenido en su gesto por otro invitado, quien le objetó, apartándolo de Emilia:

—Nada de licores... ¡Considera que es una señorita!

La Gatita Dorada se martirizaba los labios de despecho al ver como Emilia levantaba la vista hasta el rostro de quien había impedido que bebiera alcohol, David Gordon; como le sonreía complacida, y como le hablaba cual si se conocieran de antes.

—Usted... usted fué el que se escapó de los mastines de mi abuelito, ¿verdad?—preguntó Emilia a David.

—Sí, yo fui...—le respondió él, dichoso de verla—. No lo olvidaré nunca...

—¡Qué suerte tiene ese David!—repetíanse los otros jóvenes.

Aparte, la Gatita Dorada dirigía las traidoras burlas contra Emilia, enojada porque su pretendiente David mostraba un extraordinario interés en acaparar la conversación de la montañesa.

—Parece una fotografía salida de un álbum familiar, de aquellos de hace un siglo; pero yo os digo que la niñita es más viva que todas nosotras.

Luego, para que no se notara en sus palabras su agravio por el desvío hacia Emilia de David, añadió:

—¿Puede tolerarse esto? Todos los hombres se han ido como locos tras unas varas de volantes y de puntillas.

No, no podía tolerarse tal cosa. La «razón» clamaba venganza.

¡Alerta, pues!

Entretanto, el abuelo ^{***} se enteraba de la fuga de su nieta por una nota manuscrita que ella le dejara en su habitación.

La carta decía lo que sigue:

Mi único y muy querido abuelito: Sé que es

terriblemente malo esto de irme de casa; pero no puedo dejar de hacerlo, porque quiero conocer otro mundo. Voy a casa de tía Catalina.

Prométeme no enfadarte conmigo y volveré muy pronto a ti.

Un cariñoso abrazo de tu Emilita.

En el primer momento, la rebeldía de su nieta encrespó el genio del Coronel contra la negrita cuya ausencia también había notado.

—Mamita le ayudó a desobedecerme—dijo furioso—¡La he de azotar hasta ponerla a dos dedos de la muerte!

Mas luego, fué venciéndose su fuerte pecho y dejóse caer sobre el lecho de la fugitiva.

La vida transforma a su antojo a los seres más enérgicos en deleznales.

La mueca de la vida hirió al abuelo de tal manera que, sin poder dominarlas, quemantes lágrimas de aflicción surcaron sus flácidas mejillas.

—Me has abandonado... Emilita... ¡Emilita de mi alma!—lamentábase.

En la finca de tía Catalina, después de una comida en la que se sirvió un succulento asado de pollo y una rica confitura de ñame, todo preparado por las expertas manos de Emilia, la Gatita Dorada dijo a sus amigas, dispuestas todas a conspirar contra la peligrosa intrusa:

—Oídme, pazguatas. ¿Por qué, en vez de estar ahí como bobas, no inventáis algo para nuestro desquite? Yo he pensado en una fiesta de natación, a la que invitaremos a esa niña mojigata.

—Es una excelente idea para ponerla en ridículo delante de esos «tontos»—opinó una de las «pollitas».

—Sí, sí—asintieron las otras.

En el preciso instante en que David ofrecía el brazo a Emilia, la Gatita Dorada, disimu-

lando la *quina* que tragaba, invitó a su rival:

—Para mostrarle nuestra satisfacción por la exquisita comida que nos ha guisado, vamos a dar en honor de usted una fiesta de natación.

Ingenuamente, Emilia le contestó:

—Yo no he asistido a una fiesta de natación en mi vida, pero crean ustedes que me encanta nadar.

Después de esto, David, importándosele un mito lo que pensara de él la Gatita Dorada, salió con Emilia, que se apoyaba delicadamente en su brazo, al jardín de la linda finca.

El bondadoso y bello rostro de Emilia atraía rendidamente a David, quien se asombraba de no haber visto en sus numerosas correrías juveniles una mujer como ella.

Inopinadamente David ofreció un cigarrillo a Emilia. Esta alzó sus miradas hasta los ojos de David y con ellas contestó negativamente a su amable ofrecimiento.

David se mostró satisfecho y dió esta explicación a Emilia:

—Yo quería averiguar hasta qué punto se relacionan el modo de vestir de una joven y su código moral.

Muy segura de su réplica, Emilia le dijo:

—El modo de vestir de una muchacha, o mantiene el respeto de un hombre o le induce a la familiaridad.

David reconoció que esta contestación era muy justa... y, sobre todo, sensata.

Llegó la hora de la fiesta de natación.

La Gatita Dorada entregó a Emilia un traje de baño ridículo.

—Creo que este traje le caerá perfectamente, monina—añadió.

Y Emilia, sin recelar la mala partida, vistióse con él...

Augusto Biddle, hermano de la Gatita Do-

rada, famoso por sus triunfos en las lides amorosas, había sido expresamente invitado para que conquistase a Emilia, que parecía presumir de inexpugnable.

La Gatita Dorada estaba con su hermano junto a la amplia piscina de la finca de la señora Wimbledon, a la expectativa de la salida de Emilia.

Al aparecer la aludida, y al presentársela desde lejos su hermana, Augusto tuvo una gran decepción, y objetó a la última:

—¡Carolina, por Dios! ¡Si esa muchacha es una pesadilla! Bonita misión me habéis encomendado.

—No seas así, Augusto. ¿No has comprendido nuestra idea? Escúchame. Vestida como la hemos hecho vestir, esa estúpida parece una bobalicona. Es seguro que ningún joven se le acercará. De modo que tú tendrás el campo libre y si se encanta contigo, los demás jóvenes, David, particularmente, le volverán la cara o poco menos.

—Nada, como quieras. ¡Haré mi papel de seductor, aunque me cueste la vida!

Satisfecha de la buena voluntad de su hermano, la Gatita Dorada, con sus amigas, fué a molestar a Emilia con palabras de doble sentido.

—¡Qué encantadora está usted con este finísimo traje! ¿No es verdad, amigos, que está hermosa Emilita?

—Ya lo creo—afirmaba una.

—Lo que me encanta es el gorro. ¡Oh, qué gorro!—añadía otra.

—A mí, los pantalones—intervino una tercera.

—¡Bastal—gritó Emilia librándose de todas ellas—. ¡De mí no se rió nunca nadie!

La Gatita Dorada y sus amigas se alejaron de su lado, riéndose con descaro.

—Ya veis, chicas. ¡Desde ahora se le habrán acabado a esa niña los remilgos!—deciales aquélla.

En virtud de lo acaecido, Emilia se prometía una aplastante revancha.

Acababa de ver claro el motivo de la burla que le habían hecho las «pollitas» y regresó



...la Gatita Dorada, con sus amigas, fué a molestar a Emilia con palabras...

al cuarto de baño que le destinaran. En un armario encontró un traje que cambió rápidamente por el que le diera la Gatita Dorada, y volvió a salir en dirección a la piscina.

El primero en admirarse del cambio operado en la bañista fué Augusto, quien exclamó ante su hermana, que trinaba:

—¡Oh, qué cambio, Carolina! ¡La nube de pesadilla ha huído ante ese rayo de sol!

Muy decidida Emilia, escultural en su nuevo



Emilia vacilaba entre quedarse y huir; mas el deseo era tal que impuso su voluntad al dolor del corazón.

atavío de baño, se zambullió en el agua tras una brillante preparación.

El arrojo y bonito estilo de nadadora de Emilia causaron sensación. Sin embargo, a poco de esto, la inquietud se pintó en los rostros. ¡Emilia no salía a flotel!

David, que no se bañaba, se despojó de la americana y, a la par que otros jóvenes, bañistas, se arrojó al agua, al mismo tiempo que Emilia aparecía al otro extremo de la piscina, casi a los pies de la Gatita Dorada.

Augusto le tendió una mano y ayudó a Emilia a salir del agua.

La resistencia física de Emilia debajo del agua fué objeto de muchos comentarios.

Pero no debía acabar aquí el asombro de todos. Quien con más ahinco la había molestado era la Gatita Dorada. A ésta tenía, pues, que cortarle las uñas; y colocándose frente a ella, le dijo, dirigiéndose a todas las «pollitas» en general:

—Ustedes esperaban ponerme en ridículo; pero, usando su pintoresco lenguaje, les ha salido el tiro por la recámara.

Antes de que la Gatita le contestase, Emilia la empujó hacia la piscina para que tomase un baño de impresión.

¡Y lo tomó, vaya si lo tomó! ¡El catapum fué de doble impresión!

Bajo la influencia del modernismo que imperaba en la sociedad de la tía Catalina, Emilia, para no ser menos que las otras señoritas, arrinconó, no sin pesar, sus anticuados vestidos, cortó sus lindos bucles y encajó sus gracias en la semidesnudez que se llama traje en nuestros días.

Algunos jóvenes no le ocultaron su extrañeza y decepción.

—¿Por qué ha hecho usted eso?—la preguntó uno de ellos, con sentimiento.

—Quiero parecerme a las otras muchachas y hacer lo mismo que ellas... Tal vez así me miren mejor—le respondió ella.

Luego aceptó un cigarrillo y con muchos apuros procuraba fumárselo.

Aquella tarde había baile en la finca y al oírse los compases de un *shimmy* Emilia quedó sola, pues no sabía bailar.

Pero en el fondo del salón apareció David, quien se detuvo, asombrado de verla transformada de tal suerte, a cierta distancia de ella.

Emilia, haciendo torpezas con el cigarrillo en la boca, se acercó a él y le dijo con suma naturalidad:

—¿Tendrá usted la bondad... de enseñarme a bailar eso que llaman *shimmy*?

David se prestó, interiormente agradecido, a ser el maestro de baile de Emilia, a quien se abstuvo de dirigir el menor reproche por su cambio radical.

Los pies, inseguros para la danza, de Emilia, pisaban de vez en cuando los de David, y éste aprovechó tal circunstancia para limitarse a bailar con ella a un lado discreto del salón.

La belleza de Emilia, olorosa y ufana, desbordando por su cuerpo maravilloso, la seducción de sus encantos y la dulce línea de dos blandicies que inquietas se agitaban a través de un envoltorio de seda, hicieron huir del pensamiento de David el recuerdo de la verdadera personalidad de Emilia, y a poco de bailar con ella fué acercándola a sí hasta osar besarla en los labios.

Emilia, en un gesto de amor propio ultrajado, manifestó a David:

—¡Oh, esa acción de usted es indigna de un caballero! ¡Y ha sido usted, precisamente, quien se ha atrevido!...

David, disculpándose, replicó:

—Recuerde que usted misma dijo que, según su modo de vestir, una muchacha inspiraba a un hombre respeto o familiaridad.



—¡Oh, esa acción de usted es indigna de un caballero!...

Emilia había entristecido y sentía deseos de llorar. La contestación de David le daba mucho que pensar. Pero ¿tenía él derecho a darle un consejo en la forma que lo hiciera? No, de ningún modo; él tuvo el valor de abusar de su candidez, y en adelante sabría a qué atenerse.

Tal vez Emilia hubiese discutido con David

la irrespetuosidad que empleara con ella bruscamente, de no llegar hasta ellos la Gatita Dorada acompañada de su hermano Augusto.

Como se supone, Augusto rogó a Emilia que le hiciera el honor de concederle un baile, y ella aceptó de buena gana, mientras David, arrepentido de su error, soportaba, no sin dificultad, la «lata» amorosa de la Gatita.

Augusto estaba satisfecho de hacer la conquista de tan linda criatura como Emilia, y se empleó «a fondo». Mil lisonjas, y muchas más, salieron de sus labios rozando el rostro de la ingenua que las creía sinceras...

Varios fueron los bailes que enlazaron a Emilia y Augusto... hasta llegar a un grado de simpatía extraordinario.

David, en tanto, penaba...

Dos parejas combinaron una carrera nocturna en auto, y una de ellas la formaban Augusto y Emilia.

Los automovilistas regresaron a las tres de la mañana a la finca de la tía Catalina, frente a la cual se iban a apeaar Emilia y su amiga.

Emilia iba a hacerlo cuando se sintió presa en los brazos de Augusto, que también tomó se la libertad de besarla.

—Yo la adoro, Emilita... y nada más me importa. ¿Quiere usted casarse conmigo?

La proposición no le fué desagradable a Emilia, quien, estimulada por el ejemplo que le daba su amiga, que consentía en unirse legalmente con su pareja, contestó a Augusto:

—Sea, si usted dice que esto es lo más adecuado, lo perfectamente correcto.

Emilia entró en la finca con su amiga, mientras los dos galanes permanecían en el auto en su espera.

En el recibidor de la casa, Emilia vió a un

criado de su abuelo y presintió que una desgracia debía haberle sucedido al Coronel.

—¿Qué, qué pasa, tío Moisés?—le preguntó ansiosamente.

—No es ciertamente cosa grave, dulce nenita, sino que el Coronel está así como triston... algo malucho.

—¡Oh, tío Moisés! Yo sé que él no hubiera mandado por mí de no estar muy malito... ¡tal vez muriéndose!

—No te asustes, que no es nada, te digo.

—Me engañas, me engañas... Voy a ir contigo ahora mismo... Espera aquí... ¡Pobrecito mío!

A la par que Emilita se preparaba para volver a su monte a consolar al abuelito enfermo, David llegaba con su auto a la finca. Se detuvo detrás del coche de Augusto, se apeó y colocándose frente a éste lo miró con desprecio. Augusto le dijo con sorna:

—¡De modo que eres tú el oficioso tipo que viene escoltándonos! Desvía, pues, el rumbo, David, porque nosotros tomamos el del matrimonio.

David, amenazador, le contestó:

—¡Tu concepto sobre el matrimonio, Augusto, no concuerda con el mío!

Tras esta manifestación, David entró rápidamente en la casa, a fin de poner sobre aviso a la tía de la ingenua y a ella misma de que los propósitos de Augusto no podían ser buenos.

Augusto, con la misma precipitación que David, personóse en el recibidor del hogar de la señora Wimbleton.

En él hallaron a esta última con Emilia, vestida a la antigua, la amiga y varias «pollitas», de veraneo en la casa, que se habían levantado de la cama para despedir a la «intrusa».

Emilita, con dolor dió esta explicación a su tía:

—¡Oh, tía! ¡Yo he sido una loca, una miserable, y he llenado a mi abuelito de dolor!... ¡Me vuelvo a casa con él!

La tía respetó los sentimientos de su sobrina, y se reprochaba, interiormente, el haber sido la causa de la separación de dos seres que tanto se querían mutuamente.

Antes de que partiera la encantadora montañesa, David, esta vez sinceramente enamorado, se adelantó a ella y le confesó:

—Hasta este momento no he sabido qué admirable joya contemplaban mis ojos... ¡Yo amo a usted, Emilita!

David, a continuación, colocándose al otro lado de Emilia, le manifestó:

—Perdóneme la torpe ofensa de no haber creído hasta ahora en la sinceridad de su corazón... ¡Oh, Emilita, yo la adoro!

En lucha con tres amores, Emilia, fortaleciendo su alma con la esperanza, se decidió, aquella madrugada, por el amor del viejecito que no podía vivir sin ella....

El hombre valeroso que una vez se negara a rendirse a un ejército, rendíase ahora al peso de un dolor sin nombre.

Falto de valor para sufrir el abandono del único ser amado en el mundo, pensó en la muerte.

Mas la Providencia, en la reaparición en el nido abandonado de Emilia, impidió la cobardía del pobre viejo.

—¡Tú!... ¿Eres tú, Emilita?—exclamaba con lágrimas en los ojos el abuelo.

—¡Si, yo, abuelito mío, pues te sigo amando con toda mi alma! No volveré a dejarte otra

vez. Dime que me perdonas. ¡Dímelo por Dios, abuelito!

No le contestó el Coronel... Una dicha muy honda le impedía hablar... y una lágrima rodó por sus mejillas sobre la cabeza de Emilia, ocultándose traviesa entre sus cabellos.

Un nuevo orden de cosas, sin que nieta ni abuelo lo convinieran expresamente, reinó en la casa; y la verja se abrió al mundo para



—¡Yo amo a usted, Emilita!

—¡Oh, Emilita, yo la adoro!

siempre, y los terribles mastines guardaron la ferocidad para sus pulgas.

Cierta tarde, Emilita dijo a su abuelo:

—¡Oh, abuelito adorado! ¿Verdad que no te enfadarás con tu Emilita? ¡Está enamorada!

El Coronel puso la cara seria y cuando vio que Emilita notaba su gravedad, la sonrió complacidísimo.

—Ya me temía yo algo por el estilo, niña mimada—la dijo—. Bien; sepamos quién es el hombre de quien te enamoraste.

—No fué de un hombre, abuelito... ¡fué de dos!

—¿Cómo? ¿De dos, dices?

—Sí, abuelito. No te rías... El mejor día se presentan aquí los dos.

—Pues no perdiste el tiempo, hijita... En fin, si vienen... que vengan.

Casi antes de que el Coronel diera permiso, ya se había introducido en la habitación Augusto Biddle.

Sonrióse Emilita guiñándole el ojo al abuelo.

—Pase, joven—dijo el Coronel.

—Coronel Cavanaugh, debo serle franco... Amo a Emilita y deseo hacerla mi esposa—le expuso Augusto.

—Señor, yo he de acoger con reserva esa proposición inesperada, hasta que lleguemos a conocernos mejor. ¿Quiere usted una trompetilla?

Augusto aceptó el cigarro que le ofrecía el abuelo y a las primeras chupadas se sintió casi mareado. ¡Valientes cigarruchos fumaba el militar! Pero disimuló el mal gusto.

Poco después de hacerlo Augusto, David llegó a presencia del Coronel, a quien también hizo la petición de mano de Emilita para casarse con ella en breve.

Emilita estaba ruborizada...

Como a Augusto, el abuelo obsequió a David con una trompetilla, y éste, al igual que su rival, pasó apuros para no hacer un mal papel arrojando a mil leguas de sí el cigarrote mal oliente.

Tras una pausa, el Coronel añadió:

—Señores; como sólo uno de ustedes puede casarse con mi nieta, los dos serán mis huéspedes hasta que podamos llegar a algún procedimiento de eliminación.

David y Augusto se mostraron conformes.

El abuelo llamó entonces a un criado.

—Procure usted que a estos caballeros se les atienda como es debido—le recomendó.

Al quedar solos abuelo y nieta, aquél dijo a ésta:

—Y ahora, señorita coqueta... ¿a cuál de esos pollos ama usted?

—¡Ay, abuelito! Me parece que amo a los dos.

Asombróse el viejo, se atusó el bigote, concentró su espíritu en un punto imaginario, y resurgió el antiguo militar, trazando un plan de verdadero estratega.

—Es necesario darles celos... vigilar sus gestos, escudriñar en sus sentimientos...—iba repitiendo a Emilia, que aprobaba.

Todo iba a pedir de boca. Emilita, esa gentil damita chapada a la antigua, hacía andar de cabeza a los dos hastiados ejemplares del hombre moderno.

Por complacerla en sus más nimios deseos, David y Augusto rivalizaban odiosamente.

Pero las cosas tenían que tomar un rumbo más concreto. Era ya hora de tratar de eliminar definitivamente a uno de los dos.

El abuelo había tomado cartas en el asunto y una solución casi segura debía salir de su cerebro.

Sobre el consejo del Coronel, Emilia se dispuso cierta tarde a salir a paseo a caballo. Como era de prever, David y Augusto estuvieron a un paso de arañarse por querer los dos merecer el honor de ayudar a la caballerista a montar su cabalgadura.

Antes de despedirse del abuelito la tarde en cuestión, ella le había dicho, sonriéndole:

—No temas nada, abuelito. Yo haré que mi caballo marche como si se hubiera desbocado.

Algo trascendental tenía, pues, que ocurrir...

Y ocurrió.

He aquí cómo fué.

—Para que ustedes dos queden iguales, subiré yo sola—dijo Emilia a sus dos pretendientes mientras éstos disputaban—. No me hace falta más que un taburete.

Augusto, divisando cerca de sí una especie de cajón, en un segundo lo puso a los pies de Emilia.

Ninguno de los dos rivales adivinó el motivo de espera de Emilia, sobre su potro, ni la atención que prestaba a los menores gestos del cuadrúpedo.

De pronto, asustando a David y a Augusto, el caballo de Emilia emprendió una veloz carrera. Aquéllos, desconcertados, y con inusitada precipitación, montaron briosos corceles y con ellos se lanzaron a salvar a la dueña de su amor.

David, muy valerosamente, asió por la cintura a Emilia, librándola del lomo de su loco caballo.

Apeáronse seguidamente Augusto y David, éste con Emilia, y entonces, fingiendo la muchacha un gran estupor, les dijo:

—¿De dónde—me pregunto yo—sacaría de pronto mi caballo aquella fogosidad?

Los dos rivales buscaron la respuesta. Ambos creyeron adivinarla, mas un figurado desmayo de Emilia suspendió su mutuo razonamiento, para socorrerla.

En su afán de demostrar a Emilia su pasión y merecer el puesto único de su corazón, Augusto y David quisieron, a la vez, tomarla en sus brazos. No consiguiéndolo, aisladamente, uno la agarró por los pies y el otro por los brazos, disputándose energicamente el derecho de auxiliarla uno solo.

Sin advertirlo ellos, Emilia sufría serios ti-

rones; tanto fué así que, para que la dejaran en paz con su «distenciosa» solicitud, les objetó:

—¡Suéltenme, se lo ruego! ¡Que me partan ustedes en dos mitades!

Obedecieron los rivales, mal que les pesara, y al pretender sentarla al pie de un árbol, disputaron de nuevo, dando su discusión por resultado una soberana caída de Emilia, al ser soltada por aquéllos en un gesto de agresión. ¡Bonita ayuda!

Cerca de la casita del Coronel, Emilia, prosiguiendo el desarrollo de su plan, disimuló que le daba otro desmayo y pidió agua a sus acompañantes.

Ambos corrieron a extraer el líquido de un pozo situado a pocos pasos de donde estaban, pero envidiosos el uno del otro, temiendo que el uno sacase el agua antes que el otro, a pesar de que sólo había un cubo, tiraron de la cuerda en los dos sentidos: positivo y negativo, no consiguiendo cada cual más que anular lo que hacían.

Hasta que, comprendiendo su error, a una llenaron el pozal y se lo llevaron a cuatro manos a Emilia. Pero era tal su precipitación, por querer llegar cada uno primero, que la brusca parada ante ella hizo soltar sobre Emilia casi toda el agua del cubo.

David, no pudiendo contener por más tiempo su indignación, condenó a Augusto:

—Todo fué culpa tuya, de tu error... ¡Si no hubieras confundido una *colmena* con un taburetel... Sí, idiota, fué un picotazo de abeja lo que motivó la carrera del caballo de Emilia.

Augusto, encendido de cólera, se abalanzó a David y llovieron los golpes.

Emilia fué a recabar la intervención del Coronel.

—Deténlos, abuelito. Se están matando a golpes... y yo no sé a cuál de ellos debo ayudar.

El militar, que esperaba este final, sacó de un armario una caja de pistolas, y acudió a separar a los rivales.

—Espero, señores, que se sirvan ustedes arreglar este asunto conforme a las leyes del código de honor.

David aceptó y Augusto no pudo hacer



—¡Suéltenme, se lo ruego! ¡Que me partan ustedes en dos mitades!

menos, temblando todo.

De buena gana impediría Emilia el duelo; pero conocía el carácter entero, inflexible, del abuelito.

Augusto, para evitarse el batirse, dijo al Coronel, ocultándole su miedo:

—En este desafío, Coronel, habría mala fe por mi parte. Soy un tirador de primer orden. Sin embargo, no le salió bien la observación, pues no era ciego el militar. Este, añadió:

—Recuerden, señores, que el que sobreviva en este duelo a muerte, tiene derecho a la mano y al corazón de mi nieta.

El Coronel contaba los pasos. Al llegar a once los duelistas tenían que volverse y disparar.

Emilia pasaba por la angustia más horrenda de su vida. No, no podía ella permitir tal duelo. Eso era llevar las cosas demasiado lejos. ¿Qué hacer, pues? ¿Por quién decidirse?

De súbito, Emilia sintió en su corazón admiración por el uno y compasión por el otro.

El favorecido era David. El despreciado, Augusto, porque Augusto no era tan hombre como David, ya que de ello le daba una prueba su traición al volverse varias veces, pronto a disparar, antes de que el Coronel hubiese contado los once pasos.

—¡Que no tiren, abuelito! ¡Ya he hecho mi elección! —gritó Emilia dirigiéndose hacia David.

Augusto, que en este momento iba a disparar, prematuramente, lo hizo con más rencor —bajo el poder del miedo— y cayó al suelo Emilita, a juzgar por las apariencias alcanzada por el tiro.

Hubo un instante de gran emoción... que cortó el abuelo.

—No se asusten, caballeros. Las pistolas no estaban cargadas con balas—les manifestó.

Al oír esto, Emilita levantóse palpándose el cuerpo asegurándose de que en efecto no tenía ninguna bala escondida en algún rincón, y su primera mirada y su primer beso, después de la resurrección, fueron para David.

Augusto, reconocida su inferioridad a David, inclinóse respetuosamente ante la voluntad de Emilia, y se marchó.

—¿Quiere usted una trompetilla?—le dijo el abuelo a David.

Dulce, muy dulce era la vida que iba a empezar para David desde que recibiera el beso de la pureza de Emilia, y nada podría amar-garla... excepto los cigarruchos del Coronel—pensó David. De modo que, para no quitarse el gusto de miel de los labios, hizo como si aceptase la trompetilla, cuando en realidad se la devolvió al Coronel introducida en el cañón de la pistola.

El abuelo, atusándose el bigote, ahuecó el ala para no estorbar a la juventud.

Solos, los enamorados glosaron su amor.

—Desde que te vi, Emilita, comprendí que habíamos nacido el uno para el otro. Ya ves si te querré, que... ¡hasta me he fumado una trompetilla de tu abuelo!

Rióse Emilia, se acercó muy cerquita a David, y con sus bellos ojos puestos en los suyos, le dijo:

—Estoy admirada de tí, David, de la serenidad con que ibas, tal vez, a la muerte...

—Mi gesto te habrá demostrado que mi amor no es engaño. ¡Qué me importaba a mí vivir sin tu cariño!... A buscarle iba pues. En la muerte, de haber muerto, hubiese hallado el consuelo de desaparecer para no verte a tí con otro... y en la vida, que por la gracia del cielo ahora vivo, he hallado la verdadera razón de vivir.

Emilita entornó sus ojos y se «dejó» besar...!

Un mugido los sorprendió en tan tierna escena. Volver la cabeza Emilia y poner pies en polvorosa, fué cosa de un instante.

David la persiguió riéndose.

El indiscreto autor del mugido era, como se supone, un señor buey.

¡Emilia no quería ningún trato con cuernos!
Jamás tuvo aficiones toreras.

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

El muchacho de París

sentimental comedia interpretada por la genial

SANDRA MILOWANOFF

y el simpático

RENÉ POYEN

ÉXITO INDISCUTIBLE

POSTAL-FOTOGRAFIA

JACK PICKFORD

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio 25 cts.
